

INTRODUCCIÓN

La Arquitectura y el Urbanismo de las Universidades

Architecture and Urbanism of Universities

Antonio Bonet Correa

Catedrático Universidad Complutense de Madrid

Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El término “Universidad”, en tanto que vocablo que designa un organismo dedicado a la enseñanza superior, ha sido empleado desde la Baja Edad Media. Instituciones nuevas y profundamente originales, creadas a partir del siglo XII como escisión de las Escuelas de los claustros catedralicios y de los centros monásticos, las Universidades se extendieron por toda Europa y desde el siglo XVI por América, abarcando a fines del siglo XIX todos los países del orbe civilizado. Lugares consagrados al saber y al conocimiento, en el sentido más puro y absoluto, son centros didácticos y de investigación que pertenecen a la esfera de lo ideal. Corporaciones de profesores y alumnos, regidas por reglas propias y autonomía administrativa, en la época medieval gozaron de la excepción religiosa episcopal y de la jurisdicción laica municipal. Desde su origen las Universidades siempre han luchado denodadamente por mantener su independencia, conservar sus estatutos y los privilegios de entes libres ajenos a la ingerencias exteriores del poder político gubernamental. Indudablemente su modelo, único y exclusivo, fue siempre el de la Utopía. Ahora bien, las Universidades, pese a su declarada libertad de cátedra, nunca han podido escapar completamente a los cambios y a los avatares históricos, adaptando su libertad a los nuevos tiempos. De lo que no queda duda es de que, con su sentido crítico, desde su origen en la Edad Media, contribuyeron a sentar las bases científicas y racionales del Pensamiento moderno.

El nacimiento de las Universidades fue la consecuencia de los cambios sociales y materiales de los tres últimos siglos de la Edad Media. Al final del feudalismo y con la incipiente aparición de la burguesía, se produjeron

transformaciones esenciales. El gran incremento demográfico y el desarrollo urbano, los descubrimientos técnicos y el aumento del comercio internacional, la fundación de bancos con la invención de la contabilidad, la instauración de los gremios y las hermandades civiles y las reformas religiosas como la creación de los órdenes mendicantes, fueron factores decisivos para la transformación de las ciudades. La construcción de las catedrales góticas y de los edificios comunales hizo que hubiese un momento de gran esplendor urbano. El papel cada vez mayor de la sociedad civil y el aumento del bajo clero lo mismo que la vocación cosmopolita de las clases dirigentes influyeron en la secularización laica de una sociedad conexas bajo la unidad espiritual de la cristiandad. En el terreno de la cultura y del saber, la fundación de Estudios Generales, Facultades, Colegios Mayores y Menores, fruto de la evolución de las Escuelas “ex consuetudine” o fundadas por reyes o papas “ex privilegio”, hizo que florecieran en todos los países Universidades que regían sus propios fueros perdurando éstos hasta nuestros días. La ulterior consolidación de su autonomía institucional dentro del orden monárquico o republicano durante la Edad Moderna es la prueba evidente de su original y peculiar identidad.

Desde un inicio las Universidades, que concedían *Licencia docente* y el grado de Doctor, impartieron sus enseñanzas en los diversos locales que, ubicados en los distintos barrios de la ciudad, contaban con aulas e internados. Los Colegios Mayores y Menores, lo mismo que los edificios docentes, fueron aumentando según la importancia y fama de las Universidades que, como Bolonia o París, atraían a estudiantes de los más diversos países. Conocido es cómo la vida estudiantil, con sus libertades a veces licenciosas, en determinadas ocasiones acarreó conflictos con las autoridades municipales. En el pasado, la grey universitaria, que se escapaba de las restricciones del Derecho Común, siempre fue díscola. En la Edad Contemporánea la rebeldía política y las ideas revolucionarias han enfrentado a los universitarios con la policía y el poder establecido. En las reyertas y casos espinosos, los Rectores y Decanos respectivos siempre han intervenido haciendo prevalecer las prerrogativas y el comportamiento de una corporación un tanto aparte y diferente de la de los demás ciudadanos.

Desde un inicio las Universidades, parcas económicamente, estuvieron necesitadas de locales con espacios lo suficientemente amplios en donde impartir sus clases. En el medioevo los estudiantes, por carecer de presupuestos hacían colectas para pagar a los profesores y poder alquilar los lugares en donde instalar las aulas. Por regla general, eran recintos más bien miserables y sucios que, con anterioridad, habían sido almacenes o caballerizas. Incluso,

como ocurrió en una ocasión en París, los estudiantes arrendaron un tugurio que antes había sido una casa de lenocinio. Las primitivas aulas sólo contaban con una silla o cátedra sobre un estrado para el profesor y no tenían bancos, teniendo los estudiantes que sentarse sobre montones de paja para combatir el frío. Alfonso X el Sabio, en *Las Partidas* señala cómo las Universidades tenían necesidad de tener edificios “*ad hoc*” con pabellones lo suficientemente separados para que sus profesores no molestasen con su voz a los que escuchaban a otro profesor en otro edificio vecino. Los estudiantes vivían en albergues para pobres. En 1257, el canónigo Robert de Sorbon en París fundó un Colegio para estudiantes y maestros de teología carentes de medios. Con el tiempo, esta fundación dio nombre a la Universidad de la capital francesa que, entre 1300 y 1500, contó con cerca de cincuenta colegios dedicados a la docencia superior. Igual fenómeno sucedió en Bolonia, la “*docta*” y “*alma mater studiorum*”. Ejemplos de su esplendor universitario medieval son, junto con sus conventos y centros docentes antiguos, los edificios funerarios que se elevan en honor de los grandes profesores. También en dicha ciudad es modélico, por su arquitectura, el famoso Colegio Español que, fundado en 1357 por el Cardenal Gil de Albornoz, es aún hoy en día el “domus” de los “bolonios” o postgraduados españoles que gozan de una beca para ampliar sus estudios en la Universidad de Bolonia.

Las Universidades antiguas de Salamanca, Alcalá de Henares, Oñate, Baeza, Lovaina, Praga o Cracovia por citar algunas de las más características, crearon una tipología de edificios que se insertan en los trazados e ensanches urbanos de las ciudades medievales. Lo mismo que en el caso peculiar de Oxford y Cambridge en Inglaterra, sus edificios constituyen una arquitectura tradicional de lo universitario. En los ejemplos continentales, las universidades consisten en edificios cuadrangulares o rectangulares con uno o varios patios, vestíbulos de entrada, aulas o lectorías, galerías de espera y esparcimiento, oficinas para los rectores, maestros y bedeles, tiendas de venta de libros, biblioteca, capilla y salón de actos y grados, es decir el teatro o paraninfo académico. Si el edificio es de dos plantas, dispone de una espaciosa escalera. También tenían un pequeño calabozo para castigo de los alumnos díscolos. En el patio o claustro hay siempre una espadaña con una campana para marcar el horario de las clases. A partir del siglo XVI aparecen los relojes mecánicos, cuya presencia es imprescindible en muchas de las altas torres que en los modernos campus de las Universidades norteamericanas hacen visible el tiempo dedicado al estudio.

En la Baja Edad Media, en Inglaterra se formó un nuevo tipo de edificio universitario. Su modelo, a la vez centro de enseñanza y residencia de estu-

diantes, responde a una peculiar manera de concebir la vida académica. Las Universidades de Oxford y Cambridge, durante mucho tiempo los dos únicos centros de docencia superior en Gran Bretaña, fueron las generadoras del tipo anglosajón de arquitectura de los *Colleges*. Junto a un gran Hall, de uso múltiple –que a la vez hace de capilla y paraninfo, salón de actos y grados, banquetes, lugar de mítines y otras celebraciones universitarias– se levanta el cuadrángulo amurallado que, con su claustro, sirve para alojar a los estudiantes que disponen no sólo de habitaciones sino también de un refectorio, de salas de estudio y de una biblioteca. El edificio principal, dentro de un recinto ajardinado, cuenta además con otras construcciones y dependencias para viviendas de los maestros y de los fámulos y cuadras para los animales domésticos. El régimen de internado, para mejor controlar a los estudiantes, y el estilo gótico de sus construcciones proporcionaban a los edificios un aire monacal. A partir del siglo XVI la arquitectura de los *Colleges* sufrió la influencia de los castillos franceses e italianos. No sólo se levantaron grandes puertas monumentales con órdenes clásicos sino que se organizó axialmente el conjunto de todas sus construcciones y jardines que, al interior de las murallas del recinto, formaban un mundo aparte, exclusivo y de gran vistosidad. Un modelo unitario y cerrado que luego y en el Nuevo Mundo, con los Campus norteamericanos, adquirió un ulterior y brillante desarrollo.

A partir del siglo XV hasta finales del siglo XVIII en Europa, al aristocratizarse el saber y hacerse más unitario el régimen universitario, aparece el tipo de edificación-compacta en la cual se reunían las diversas Facultades, incluida la de Medicina. El humanismo renacentista hizo que a las Universidades las denominasen “Palacio de las Musas”, “Templo de Minerva y de Apolo”, “Domus Sapientia” o “Casa del Saber”. En el barroco, con el dogmatismo contrarreformista, las Universidades de la Europa Católica pasaron a ser la “Ciudadela del Saber Teológico” y la “Plaza fuerte de la Divina Sabiduría”, términos de carácter bélico propios de los docentes militantes frente a la herejía protestante. No es extraño así que Alonso de Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana* (1611), a la Universidad de Alcalá de Henares, fundada por el Cardenal Cisneros, la calificase de “Torre de frontera” del catolicismo.

El edificio-bloque, de tipo compacto, unitario y con aspecto de palacio señorial, en donde se reúnen todas las Facultades universitarias dominó en Europa desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVIII y gran parte del XIX. Su arquetipo fue el Archigimnasio de Bolonia, obra del archirecto Terribilia. Inaugurado solemnemente en 1563, fue sede unificada hasta 1803 de los antiguos Estudios Medievales. Con su enorme Claustro, Patio, Capilla, Paraninfo, Sala de Víctores o blasones de 7.000 estudiantes, Biblioteca y su

famoso Teatro Anatómico, este edificio, que fue restaurado tras los bombardeos de la última guerra, es un espléndido modelo de la Universidad elevada a la máxima categoría arquitectónica. Su antecedente y prototipo fue la Universidad de Padua que fundada en 1222, a partir de 1493 levantó un nuevo edificio sobre el antiguo solar de una posada llamada il Bo (el Buey). El resultado fue un palacio o “Gymnasium omnium disciplinarum dentro del cual se encuentra el primer Teatro Anatómico de Europa. Sin duda alguna el paradigma de las Universidades modernas europeas es el magnífico Sant’Ivo alla Sapienza en Roma, con su claustro de Giacomo Della Porta y su capilla llena de secretos símbolos, del Borromini. Los edificios-bloques renacentistas barrocos y neoclásicos en España, como los de la Universidad de Oñate, Valladolid, Cervera o Santiago de Compostela, siguen, dentro de sus variantes estilísticas, las corrientes de los demás países europeos, tanto católicos como protestantes.

A pesar de los radicales cambios de finales del siglo XVIII de la revolución política y de la revolución industrial, en las Universidades perduró durante todo el siglo XIX el tipo de edificio-bloque palaciego. No es extraño, puesto que la Universidad supuso una apropiación por parte de la nueva sociedad capitalista de la tradición de los altos funcionarios y de la educación de las clases dirigentes. La necesidad de profesionales científica y culturalmente bien formados reforzó la atención estatal de la enseñanza superior. Un modelo de la nueva Universidad fue la de Berlín, abierta en 1810, siguiendo las normas de Guillermo de Humboldt, con Fichte como rector. En pleno corazón de la capital de Prusia, su arquitecto es de solemne neoclasicismo. También en Munich, en el primer tercio del siglo XIX se construyeron una serie de edificios universitarios que –independientes y alineados en la recta Ludwigstrasse, con igual arquitectura de estilo neorenacimiento italiano obra de los arquitectos von Kleuze y von Gärten– estaban destinados a ser Facultades, Biblioteca y Rectorado. De carácter también historicista de tipo clasicista de edificio-bloque es la Universidad de Zurich, obra del famoso arquitecto Gottfried Semper o el Palacio Universitario de Estrasburgo, obra del arquitecto Otto Warth a fines del siglo XIX, cuando Alsacia estaba todavía bajo la dominación alemana.

No es cuestión aquí de enumerar todos los edificios-bloque de las Universidades que, en el siglo XIX, fueron construidos en los diferentes países europeos e hispanoamericanos. La Universidad Central de Madrid, levantada sobre el solar del antiguo Noviciado de la Orden jesuítica por Javier de Mariátegui y Narciso Pascual Colomer, en estilo clasicista, o la Universidad Central de Barcelona, de Elías Rogent, levantada en el Ensanche de Cerdá,

en 1871, como un compendio y manifiesto de “una arquitectura nacional” sirven de ejemplos de nuestro aserto. En lo que se refiere al extranjero, citemos el caso prestigioso de la Sorbona en París. Como se sabe, en el Siglo XVII el Cardenal Richelieu fue su protector y constructor de un gran edificio del cual hoy sólo se conserva la capilla o iglesia, del arquitecto Lemercier. A fines del siglo XIX, de 1881 a 1901, se elevó la Nueva Sorbona, trazada por el arquitecto Henri-Paul Nenót, que ocupó el mismo solar del Colegio medieval. De estilo clasicista galo, es un enorme bloque en el cual se reunían todas las Facultades, excepto la de Medicina y Derecho. Edificio compacto, con un gran patio, enormes pasillos, innumerables aulas, salas de conferencias, salas de profesores, bibliotecas, seminarios, laboratorios y vivienda del Rector, tiene un Paraninfo con pinturas de Puvis de Chavannes que representan el bosque sagrado en el cual se pasea meditando el Hada de la Sabiduría. Verdadero laberinto inserto en la trama urbana del Barrio Latino, ese edificio es una suma de cómo comprendía la enseñanza superior la culta y refinada República, burguesa y laica de la Belle Époque.

Los edificios universitarios del siglo XIX eran de estilo historicista. En Cracovia tenemos el mejor ejemplo europeo de una nueva Universidad, construida en estilo neogótico en la segunda mitad del siglo XIX. En el caso de París, la nueva Sorbona era en cambio clasicista. A propósito de esta última es de señalar el debate que sobre gótico/clasicismo suscitó su construcción. En un principio se pensó en Viollet-le-Duc, que fue rechazado por el Ministro de Instrucción Pública que zanjó la cuestión afirmando que la cultura universitaria era en principio “latina”. El modelo neomedieval tan aceptado en los campus norteamericanos y que en Francia tiene varios ejemplos, tuvo su plasmación estilística y simbólica en la Universidad Católica de París o la de Lille. Un ejemplo de utilización de la arquitectura clasicista es el de la Ciudad Universitaria de París, de residencias y no facultades, construida a partir del año 1920.

Norteamérica, país de pioneros amantes de la naturaleza es la creadora del moderno concepto de los Campus universitarios, del “Academical Village”. El modelo es una derivación de los Colegios ingleses llevados a su máxima consecuencia de edificios integrados a las praderas y los árboles dentro de un amplio y variado conjunto paisajístico de idílica y pintoresca composición. El sentido romántico de la naturaleza está presente en todos los campus norteamericanos, comenzando por la Universidad que, en 1817, Thomas Jefferson levantó en Charlostteville en Virginia, continuándose con las demás Universidades de Harvard, Yale, Princeton, Duke, Berkeley, Los Ángeles o La Joya. Estas ciudades verdes tienen un prestigio internacional indiscutible. Lugares ad hoc para escogidas elites, están en su mayoría fuera

de las zonas urbanas, rodeados de extensas áreas verdes, no contaminadas por las industrias pesadas o sucias. Sus arquitecturas historicistas, que evocan los antiguos monasterios medievales o los colegios ingleses, difieren de las de otras universidades que, como la de Chicago (1893) o la de Columbia (1895), en Nueva York, se insertan con estilo clasicista y Beaux-Arts de Charles F. McKim. Mead y White, en la realidad ortogonal de la ciudad moderna, ocupando una parte acotada e importante de la población.

Tanto las Universidades de tipo europeo como los Campus norteamericanos conocieron una expansión mundial que revela la preponderancia internacional de Occidente. En el siglo XIX en Tokio, en la época Edo se levantó dentro de un amplio recinto una ciudad universitaria de tipo germánico. Otro tanto podemos señalar en Varsovia, en Berna o en La Habana, copiando esta última, en 1901, el modelo académico del "Alma Mater" de la Universidad de Columbia de Nueva York. Interesante es señalar cómo, a finales de los años veinte del siglo XX, al proyectarse las Ciudades Universitarias de Madrid, al final del reinado del Rey Alfonso XIII, y la de Roma bajo la dictadura de Benito Mussolini, se planteó la polémica de si una ciudad universitaria debía ser un conjunto compacto de edificios o un conjunto disperso en un área campestre. Frente al moderno campus madrileño, concebido por el español Modesto López Otero, el italiano Marcello Piacentini abogaba por una *Studium urbis* de concentrada progenie renacentista. De señalar es cómo por los mismos años el arquitecto alemán Leopoldo Rother, con la colaboración del pedagogo, también alemán Fritz Karsen, en Bogotá diseñaba la nueva Ciudad Universitaria de la capital colombiana. De recinto oval, dentro del que se incluían edificios, campos de deporte y todo un mundo variado de servicios culturales y residencias de profesores y estudiantes, la ciudad universitaria de Rother era una "ciudad aparte", de arquitectura influida por el Bauhaus. De igual manera no queremos dejar de mencionar cómo por los mismos años Le Corbusier y sus discípulos brasileños, tras la intervención frustrada de Piacentini, diseñaron una nueva Ciudad Universitaria de Rio de Janeiro. Para su ubicación escogieron un vasto y aislado espacio desierto rodeado de agua, una isla del litoral a bastante distancia del centro histórico de Rio. Con sus arquitecturas de prismáticos volúmenes, esta vanguardista ciudad universitaria, hoy transformada por el paso del tiempo, fue en un principio como la culminación, la cristalización y el hacer realidad la vocación perenne de la utopía universitaria.

En la segunda mitad del siglo XX, tras la última Guerra Mundial, imperó el modelo de los Campus Universitarios de dispersas y heterogéneas arquitecturas. A la renovación de las antiguas Universidades, trasladadas fuera

del casco urbano de las poblaciones hay que añadir las nuevas Universidades privadas de nueva creación por potentes empresas financieras o fuertes grupos de presión social.

En una sociedad global como la actual en la que domina la Informática y la comunicación digital las Universidades tradicionales parecen estar anticuadas y obsoletas. Los códigos culturales considerados instrumentos de producción de meros conocimientos para el desarrollo de una sociedad industrial avanzada requieren un nuevo tipo de enseñanza e instalaciones docentes. Las antiguas Universidades son entonces más bien conservatorios de la herencia del pasado, una especie de gran Biblioteca o Archivo pretérito. Es interesante constatar que las nuevas escuelas que quieren sustituir a las antiguas universidades arquitectónica y urbanísticamente no son más que una réplica en miniatura de los clásicos Campus norteamericanos. Este es el caso, por ejemplo, de la Escuela de negocios IAE de la Universidad Austral, séptima del ranking latinoamericano y primera de Argentina. Sus edificios construidos para la formación específica de directivos de empresas es un Mini-Campus de edificios mitad modernos y mitad conservadores de ecléctico estilo.

A manera de colofón o codo a nuestra disertación sobre la arquitectura y el urbanismo de la Universidades hagamos el elogio de una de las nuevas Universidades españolas. Nos referimos al Campus de la Universidad de Vigo en Galicia. Situada en plena naturaleza, no lejana al Océano Atlántico, en lo alto de una montaña sagrada y mágica en donde se crían caballos salvajes es como un sueño hecho realidad. Sus modernos edificios como el vanguardista Rectorado, obra del arquitecto catalán Enric Miralles, es de una audacia estructural y estilística de una modernidad asombrosa. La “Nueva Atenas Atlántica” de Vigo se alza en un territorio antes salvaje en el cual hoy late con fuerza el ansia de conocimientos y del saber que infunde da vida, espiritual y absoluta, a los amantes de Utopía.